
Cajías Kauffmann, en todas sus facetas, en un libro

Lic. Ignacio Rodrigo Vera Rada¹⁴

Cuando era pequeño, mi padre me solía contar que Huáscar Cajías Kauffmann había sido uno de los profesores más rigurosos que había tenido en la carrera de Ciencias Jurídicas y Políticas (como se llamaba entonces) en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Tal vez incluso el más severo. Mi mismo abuelo materno me solía hablar de él, como uno de los profesores más inflexibles pero eruditos que había tenido la UMSA por aquellos tiempos (años 50), cuando seguramente el joven Cajías hacía sus primeras armas en la docencia universitaria y la vida académica.

En el afán de recuperar los testimonios que sobre la vida de tan eminente hombre de letras y pensamiento tienen quienes lo conocieron, y también para rescatar ciertos datos biográficos proporcionados por sus familiares, la Universidad Católica Boliviana ha publicado, a cien años del nacimiento de quien fuera quizás el más eminente criminólogo

boliviano, un libro colectivo titulado *Huáscar Cajías Kauffmann: Un hombre multifacético* (Plural; Centro de Investigación Boliviano de Estudios Sociales y de la Comunicación). La obra reúne más de una treintena de textos, ora escritos por el mismo Cajías, ora elaborados por otras personas que lo conocieron de cerca o admiraron su obra.

No me referiré a los textos relacionados con sus aportes a la ciencia del Derecho, pues no soy especialista en esta, sino, sobre todo, a los que tienen que ver con filosofía, periodismo y doctrina católica.

Esta publicación me parece pertinente en el tiempo en que vivimos, una época marcada por la desinformación y la posverdad. Pero no es la distorsión deliberada de la realidad el único problema que la humanidad actual enfrenta, pues incluso el periodismo que muestra la realidad tal y como es a veces peca de extravíos que no siempre se notan: la noticia trivial, una fotografía que muestra raudales de sangre, el enfoque equivocado de un caso de corrupción, etc. En este sentido, el Cajías periodista demostró que el Evangelio cristiano y el periodismo pueden engranar muy bien para dar a la sociedad un producto que, por una parte, muestre la realidad y, por otra, alumbré con un trasfondo de moralidad y ética.

¹⁴ Licenciado en Ciencias Políticas y en Comunicación Social por la UCB.

Universidad Católica Boliviana, Departamento de Cultura y Arte.

La correspondencia relacionada con este artículo puede enviarse al autor al correo electrónico ivera@ucb.edu.bo. La Paz-Bolivia

Uno de los textos recogidos en el libro es “Ética periodística y violencia periodística”. El texto es del mismo Cajías (1990), y en él dice:

De otra parte, por ejemplo, otro derecho es el de la privacidad, el del honor de los demás. ¿Cuál derecho y en qué circunstancias debe predominar?

En el caso del terrorismo, si tenemos una noticia: cómo tenemos que darla y cuáles pueden ser las consecuencias sobre el Bien Común de darla de una manera o de otra. A veces es más importante que la noticia misma la forma en que se la da. El hecho de que nuestra libertad esté restringida nos lleva a preguntarnos: ¿dónde están esas restricciones? (p. 46).

Luego Cajías, respondiendo a la pregunta, pasa a anotar restricciones de tipo legal primero y de tipo moral después. Y son quizás estas últimas las más importantes en un hombre de bien. Un hombre de buen corazón, pues, no necesita normativas que lo impelan a obrar o actuar de una u otra forma: obra por códigos éticos y no por estatutos humanos.

Juan Carlos Salazar del Barrio, quien es el autor del primer texto del libro (“El doctor Cajías, una vida multifacética”), escribe que “*Presencia* fue uno de los pocos periódicos bolivianos, si no el único, que tuvieron un corrector

de estilo, cargo que desempeñó el periodista y poeta Óscar Rivera-Rodas. Y el propio Cajías” (p. 20). Es que Cajías era de esos cabezas que no son jefes, sino líderes del equipo. El jefe ordena. El líder, en cambio, enseña con el ejemplo, al pie del cañón.

El periodista y comunicador Wálter Mur recuerda sobre Cajías:

Don Huáscar Cajías fue de esas raras personalidades cuya integridad estuvo más allá de cualquier duda. Cuando lo conocí, durante mis épocas de reportero en *La Razón*, era el presidente de una Corte Nacional Electoral elegida con el más amplio acuerdo político y sin ninguna presión. Fue el líder ético de una de las instituciones más notables de la historia contemporánea de la democracia nacional. A él y a sus cercanos colaboradores, el país les debe haber recuperado en ese tiempo la fe en las elecciones como mecanismo de expresión de la voluntad popular [...] Fue un hombre de otro tiempo, claro. Tenía las cejas gruesas, los ojos escondidos detrás de profundos cristales y le gustaba hablar pausado, como aprovechando esa fascinación que su tranquilidad despertaba en todos. Vivió una vida intensa y sintió los cambios en el país. Cambiaron las voluntades y hoy apenas queda, de ese hombre, el recuerdo de una

conducta que se replica en su descendencia y mucha gente a la que él, como a este servidor, inspiró... (comunicación personal, 2 de febrero de 2022).

El libro también incorpora un interesante artículo de Cajías, titulado “Historiadores y periodistas” (publicado originalmente en la revista *SIGNO Cuadernos Bolivianos de Cultura*), en el cual hace una reflexión sobre los factores que unen a los profesionales que estudian el pasado con los que informan del suceso actual y cotidiano. ¿Qué tanta distancia hay entre el historiador y el buen periodista? No mucha, si el segundo ejerce su oficio con profundidad. Cajías reconoce las diferencias entre ambos, pero también anota los aspectos que tienen en común. El historiador ve hacia atrás, el periodista ve el presente. Pero ambos escriben el retrato objetivo de una sociedad. Y ambos deben hacer todo lo que esté a su alcance para descubrir y dar a conocer la Verdad. Esta Verdad con V mayúscula no es relativa, no está sujeta a cuestionamientos, pues es la Verdad de la que habla la Biblia, la cual se revela solo al piadoso y reverente.

En realidad, Cajías podía opinar y escribir sobre una diversidad de temas como periodismo, religión, diplomacia, política, derecho o filosofía. Es, por ello mismo, que el subtítulo de este libro es *Un hombre multifacético*, y éste se refleja en la

selección de artículos escritos por el mismo Cajías que incorpora la obra. Puede ser que no haya profundizado demasiado en ninguna área, pues eso es muy común en personas que dirigen su mirada hacia muchas disciplinas diferentes entre sí. Sin embargo, esa multiplicidad de conocimientos lo hizo un verdadero periodista, un periodista digno de ostentar en toda su amplitud ese noble título, es decir, una persona con la capacidad de opinar y polemizar solventemente sobre todos los asuntos que embargaban a su sociedad, a su país y a la humanidad de la que él fue parte activa. A ese gran bagaje cultural que hizo de él un verdadero periodista, se sumó su militancia cristiano-católica, que lo impulsó a enfocar el oficio informativo desde perspectivas del Evangelio, la única forma de descubrir la realidad y la Verdad.

Después, pueden leerse consideraciones, apologías y semblanzas de varios notables de la cultura y las letras, como Armando Mariaca, Rosángela Conitzer de Echazú o Fernando Salazar Paredes, entre otros. Lo importante de todas ellas es el factor común que resumen: la cualidad intachable de Huáscar Cajías Kauffmann, que lo llevó a presidir en 1991 la Corte Nacional Electoral.

Al final del libro hay pequeñas viñetas que trazan la semblanza de Cajías, escritas por sus hijos y nietos. Una de

las que más me gustaron fue la de Lupe (hija suya y quien fuera mi profesora de la materia de Crónica, en la carrera de Comunicación Social en la Cato). Dice, entre otras cosas: “Te recuerdo cada que escribo; es decir cada día y muchas horas: lápiz, pluma fuente, teclado” (p. 206). Otra está escrita por Fernando (hijo suyo y también profesor mío en la asignatura de Patrimonio Cultural Universal en la Cato):

Tuvimos muchas charlas sobre nacionalismo y universalismo. Así me convertí en un militante, hasta el día de hoy, de su máxima: Ciudadano con raíces y sin fronteras. Entre otras huellas, la que también me queda, es su vocación de ser feliz. (p. 205).

Muchas más cosas se podrían decir de este libro y, por supuesto, del doctor Huáscar Cajías Kauffmann. Pero el espacio no lo permite. Termino diciendo, entonces, que la figura de Cajías, recogida de manera sintética en este nuevo libro que sale a la luz, debe ser ejemplo para los jóvenes intelectuales del presente, para los servidores públicos del mañana y para los periodistas de siempre.